

CAPÍTULO III

El asesinato político.

Los asesinatos políticos, tan frecuentes hoy día, son una de las manifestaciones de la anarquía social actual, y revelan un desequilibrio mental profundo.

La impresión producida en el público por estos asesinatos políticos, después del horror que inspiran, es el de su absoluta ineficacia en cuanto á su resultado práctico. Ya sea la víctima emperador de Rusia, rey de Italia, emperatriz de Austria, presidente de República ó rey de Portugal, es evidente que los soberanos asesinados son reemplazados inmediatamente por otros y que el régimen que representan no cambiará. Estos asesinatos producen también reacciones que fortifican el régimen combatido. También es cierto que el asesino no puede esperar personalmente nada de su crimen.

Todo esto parece contradecir las nociones de psicología corriente que enseñan que el crimen es consecuencia de un interés personal cualquiera: venganza, avaricia, etc.

Estos crímenes políticos se derivan de móviles que parecen extraños al interés personal y á la utilidad general. ¿Cómo puede explicarlos la psicología actual?

Para comprenderlos hay que investigar el modo cómo se propagan ciertas convicciones en los espíritus y su poder.

La necesidad de someterse á una fe cualquiera, divina, política ó social, constituye para muchas almas un instinto imperioso. Necesitan creencias que dirijan maquinalmente su vida y ahorrarse todo esfuerzo de razonamiento. La mayoría de los hombres aspiran á la esclavitud del pensamiento y no á la libertad.

Las grandes creencias son ajenas al razonamiento y se convierten en poderosos móviles de acción. Ninguna de las grandes creencias que rigieron la humanidad y en nombre de las cuales se establecieron perdurables religiones y poderosos imperios, fueron hijas de la razón. Tuvieron por autores unos cuantos alucinados y fueron propagadas por apóstoles imbuidos de convicciones, bastante intensas para transformar en verdades deslumbrantes los más manifiestos errores y dominar enteramente las almas.

Las convicciones de estos apóstoles son tan poderosas que obedecen á sus sugerencias sin preocuparse de su interés personal. Hipnotizados por la fe que les ha subyugado, lo sacrificarán todo para establecer su reino.

Estos semilocos, cuyo estudio revela sobre todo patología mental, desempeñaron, sin embargo, un papel inmenso en la Historia.

Se reclutan principalmente, como lo dije en mi *Psychologie du socialisme*, entre los espíritus dotados de un alto grado de instinto religioso, instinto cuya característica es la necesidad de ser dominado por un ser ó por un credo cualquiera y de sacrificarse para hacer triunfar el objeto de su adoración. Todos sueñan con una sociedad paradisíaca, muy parecida al paraíso celeste de nuestros antepasados. Los terroristas rusos y las diversas variedades de anar-

quistas dan de ello curiosos ejemplos. En esos cerebros rudimentarios, completamente dominados por el atavismo religioso, y que ningún razonamiento conseguiría impresionar, el antiguo deísmo se ha objetivado bajo la forma de un paraíso terrestre gobernado por un Estado providencial que repara todas las injusticias y tiene el poder ilimitado de los antiguos dioses.

La incapacidad del apóstol para razonar, sin necesidad de propagar su creencia, su ignorancia de las necesidades y de las realidades, le hacen muy peligroso, porque obra sobre multitudes incapaces de razonamiento y cuyas opiniones se forman sobre todo por contagio.

Uno de los grandes errores modernos es el de creer que se persuade á las multitudes con razonamientos. La afirmación, la repetición, el prestigio y el contagio, repito, son casi los únicos orígenes de sus convicciones. Poco importa que éstas contraríen sus más caros intereses ó que presenten grandes dificultades. Las creencias aceptadas, por muy absurdas que sean, se convierten en poderosos móviles de acción. Precisamente, en nombre de creencias muy contrarias á la razón, el mundo fué trastornado muchas veces y lo será todavía.

Tales verdades, que debían ser elementales, explican los asesinatos políticos. Pueden indignarnos, pero no sorprendernos. La característica del apóstol convencido es el hacer compartir á todos su creencia y destruir sin piedad á los que no la acepten; es decir, son enemigos evidentes de la humanidad. El apóstol siente una ardiente necesidad de propagar su fe y llevar al mundo la buena nueva que sacará á la humanidad del océano de miserias donde había vegetado hasta entonces.

Esta sed de destrucción es, repito, uno de los elementos constitutivos de la mentalidad del apóstol. No hay verdadero apostolado sin el deseo intenso de matar á alguien ó de destruir algo. Para hacer desaparecer á los enemigos de su fe, el apóstol no vacila en matar á miles de víctimas inocentes. Lanza bombas en un teatro lleno de espectadores ó en un concurrido paseo. ¡Qué importan tales hecatombes cuando se trata de regenerar el género humano, de establecer la verdad y destruir el error!

Estos apóstoles homicidas no se reclutan principalmente en los elementos inferiores de un pueblo, pues se encuentran á menudo entre los semiintelectuales, que han recibido una educación universitaria mal adaptada á su mentalidad simplista. Son á veces flántropos dominados por la idea fija de renovar la sociedad. Torquemada, Ravailac, Marat y Robespierre, se consideraban como amigos del género humano, dispuestos á dar su vida por él.

Los locos y los apasionados de tendencias altruistas han surgido en todas las épocas—escribe Lombroso,—aun en la época salvaje, pero entonces se inspiraban en las religiones; más tarde se lanzaron en las facciones políticas y en las conjuras antimonárquicas de la época. Primero fueron cruzados, despues rebeldes, luego caballeros errantes, y más tarde mártires de la fe ó del ateísmo.

En nuestros días, y sobre todo en las razas latinas, cuando surge uno de esos fanáticos altruistas, no halla campo abonable á sus pasiones fuera del terreno social ó económico.

Casi siempre las ideas más discutidas y menos seguras son las que más entusiasman á los fanáticos. Se hallarán cien fanatizados por un problema de teología ó de metafísica, pero no se encontrará uno por un teorema de geometría. Cuanto más rara y absurda es una idea, tantos más locos é históricos atrae en pos de sí, sobre todo en el

mundo político, donde cada triunfo privado se convierte en un triunfo ó derrota pública, y esa idea, sostenida hasta la muerte por los fanáticos, les sirve de compensación á la vida que pierden ó á los suplicios que sufren.

Las doctrinas anárquicas hacen cada día más frecuentes el número de los asesinatos políticos. Se recordará el reciente de un coronel, ayudante del ministro de las Indias, por un joven estudiante indio, imbuído de las doctrinas de un periódico donde se leían las líneas siguientes:

«Á riesgo de perder la estima y la simpatía de nuestros antiguos amigos, repetimos que el asesinato político no es un crimen. Todas las personas libre de prejuicios consideran al asesino político, no como un criminal, sino como un vengador de la humanidad.»

En un año se han registrado en la provincia de Bengala 329 crímenes, de los cuales muchos no son sino actos de bandolerismo, pero que se califican como crímenes políticos.

El número de asesinatos cometidos desde hace treinta años por los anarquistas, terroristas y diversas variedades de convencidos, es muy grande. Nada indica que haya de disminuir, sino que, al contrario, todo induce á pensar que irá en aumento. Los místicos, los alucinados antes por las religiones, se vuelven hoy día hacia la política. Es inútil discutir con tan peligrosos dementes. Lo mejor es suprimirlos para no estar expuestos á ser suprimidos por ellos.

CAPÍTULO IV

Las persecuciones religiosas.

Las persecuciones religiosas son unas de las numerosas causas del progreso de la anarquía social en Francia. Influido por los clamores de los sectarios, el Gobierno ha terminado desgraciadamente por emprenderlas sin darse cuenta que nunca dieron resultado, como demuestra la psicología de la Historia.

Estas persecuciones se manifestaron en la ley de separación de la Iglesia y del Estado, y en la de la expropiación de las congregaciones.

El odio ciega siempre. En realidad, se necesita una ceguera excesiva para votar esa ley de separación cuyo único objeto es despojar al clero de los modestos ingresos con que vivía.

Además, sus resultados serán funestos para la república. El clero se equivocó al protestar, pues le ha otorgado esta ley una libertad y un poder que el más católico de nuestros reyes no hubiera tolerado nunca. ¿Se puede imaginar otra medida tan inoportuna como sustraer el clero de la autoridad secular, dejando al Papa la potestad de nombrar á los obispos, propuestos antes por el Gobierno, que los tenía en su mano, gracias al sueldo que les concedía?

Nada podía tampoco ser más contraproducente que la persecución mezquina de los miembros del